

APROXIMACIONES AL SER REGIONAL: LA CABRA DE PLATA, DE JUAN DRAGHI LUCERO

Fabiana Inés Varela

Universidad Nacional de Cuyo. CONICET

La literatura, desde sus variadas manifestaciones, ofrece al hombre atento la posibilidad de conocer mejor diversos aspectos del mundo, a menudo desapercibidos, a la vez que amplía su visión de la realidad. Su peculiar modo de proceder, permite acceder, desde situaciones concretas, a niveles más universales que atañen a la esencia del hombre y de la cultura. Por otra parte, la plurisemia propia de la obra literaria la abre a múltiples posibilidades de lectura, por lo que la obra de creación se transforma en una cantera de penetrantes reflexiones en torno a variados aspectos que vienen preocupando a los hombres de todos los tiempos.

El concepto de región, la relación dinámica que se establece entre lo local y la totalidad de la nación, el sentido de pertenencia al terruño como cimiento de una identidad en tanto pueblo, son temáticas por demás relevantes que no han sido soslayadas por la literatura. Plantear un estudio pormenorizado de estos motivos a lo largo y a lo ancho de nuestra literatura nacional es tarea ímproba que desborda nuestras posibilidades. Sin embargo, dentro de esta temática nos centraremos en un autor mendocino, Juan Draghi Lucero, y en una obra, *La cabra de plata*, a fin de rastrear el concepto de región que de ella se desprende, el origen y la posterior evolución de la región que propone el autor, y una teoría del ser nacional implícita en la novela.

Nuestro análisis se centrará en una propuesta metodológica para abordar el universo regional de modo sistemático, elaborada por Armando Raúl Bazán¹, que se complementa con las reflexiones de Canal Feijóo² sobre el ser nacional y regional. Esta metodología se funda en el análisis de cinco categorías principales: el factor geográfico, el étnico social, el cultural, el económico y el político. Cada una de ellas aportará, desde su ángulo específico, datos que permitirán visualizar a una determinada región como un todo integrado por diversas pluralidades pero con un fuerte sentido de unidad. Si bien el método ha sido propuesto para el análisis de hechos históricos, en *La cabra de plata* observamos numerosos elementos que pertenecen a dichas categorías y que, imbricados, dan a conocer las características propias del mundo huanacachino. Este acceso al mundo novelesco permite además, iluminar diversos aspectos que contribuyen a perfilar una teoría de la región implícita en el discurso narrativo. Nuestro estudio se propone relevar dichos elementos; tal análisis ha de resultar necesariamente parcial dado que, por centrarse en aquellos aspectos que atañen a la elaboración del mundo propio de la zona de Huanacache, no atiende a las múltiples posibilidades hermenéuticas que brinda la novela.

Además, debemos tener en cuenta que Juan Draghi Lucero define la región cuyana como la compleja suma de dos zonas o subregiones: el llano - donde ubicamos Huanacache y el desierto - y el oeste montañoso, la región del Ande. Sin embargo, la novela que analizamos se centra de modo exclusivo en la caracterización de una sola de estas subregiones: las lagunas de Huanacache, ubicadas en la zona noreste de la provincia de Mendoza. Por lo tanto, las definiciones del ser regional que extraigamos de la novela deberán

¹ Véase Raúl Armando Bazán. "El método en la historia regional argentina". En: *Clio*. Buenos Aires, Comité Argentino de Ciencias Históricas, N° 1, 1993, pp. 39-49.

² Bernardo Canal Feijóo. *En torno al problema de la cultura argentina*. Buenos Aires, Docencia, 1980, especialmente pp. 53-60.

ser entendidas de modo parcial, como referidas a uno de los aspectos que conforman la totalidad de la identidad regional cuyana.

La novela y su autor

Juan Draghi Lucero (1895-1994) es el estudioso por antonomasia del folklore cuyano, de su historia y de sus tradiciones. Ha recorrido infatigablemente el norte de Mendoza y el sur de la provincia de San Juan en busca de las pervivencias de la ignota tradición de mestizaje que se produjo con el contacto entre el hombre hispano y el indígena americano. Fruto de tesonero afán de investigador es *El cancionero popular cuyano* (1938), extensa recopilación de la literatura oral de la zona, y los cuentos y casos de *Las mil y una noches argentinas*, *El loro adivino*, *El hachador de Altos Limpios*, *Cuentos mendocinos*, entre otros, todas obras que recrean las costumbres y tradiciones del antiguo Cuyo. Un profundo sentido humanístico, que puede rastrearse en sus obras, así como el vivo interés por recuperar el auténtico significado de lo autóctono han guiado la ingente labor de Draghi Lucero y son los cauces donde abreva la profundidad y riqueza de sus creaciones³.

La cabra de plata es la primera novela del autor. En ella, Draghi ha querido volcar sus experiencias de folklorista a la par que rendir un sentido homenaje a los primitivos habitantes de la zona de Huanacache, cuyos descendientes comienzan a ser hoy un lejano recuerdo:

“Tardío homenaje es éste a los huarpes vendidos en Chile; entrañable recuerdo a sus mujeres, aposentadoras en sus vientres de la simiente del ibero; troqueles del mestizaje; a las familias que aún hoy huyen de la

³ Véase León Benarós. “Prólogo” a Juan Draghi Lucero. *El loro adivino*. Buenos Aires, Troquel, 1963, p. 13.

sed, todos vencidos por la codicia de los cultos ¡que les hacharon hasta el último algarrobo!”⁴ (p. 11).

La novela, según estima la crítica⁵, presenta tres posibles niveles de lectura: el anecdótico, el costumbrista y el simbólico-mítico. El primero de ellos introduce la historia de un innominado profesor universitario, recientemente jubilado, que decide alejarse de la vacua vida ciudadana para afincarse como pastor de cabras en la zona de las lagunas de Huanacache, al norte de Mendoza. De innegable sabor autobiográfico, esta primera lectura nos pone al tanto de las aventuras y desventuras de este profesor quien, a medida que va experimentando conscientemente el arraigo a la tierra, va descubriendo el sentido de una vida más plena. Desde la perspectiva de la trama narrativa, la obra presenta algunas debilidades que en parte se subsanan al considerar la riqueza que aportan los restantes niveles.

La cabra de plata es asimismo una “suma antropológica”⁶ que despliega ante los ojos del lector un amplísimo y muy bien documentado detalle de usos y costumbres tradicionales de la zona: la lengua, la literatura oral, los juegos, comidas, utensilios, bailes, canciones, nada es dejado de lado en el intento por presentar a Huanacache en su totalidad. Por último, el tercer nivel de lectura que permite la novela “nos sumerge en un mundo mítico, en el que las

⁴ A partir de aquí y para simplificar la lectura, colocamos entre paréntesis el número de la página correspondiente a la cita. Seguimos la siguiente edición: Juan Draghi Lucero. *La cabra de plata*. Buenos Aires, Ediciones Castañeda, 1978. 325 p. (Colección Letras del Mundo Nuevo).

⁵ Véase Marta Elena Castellino. “Símbolos vegetales en algunas novelas mendocinas”. En: *Piedra y Canto; Cuadernos del Centro de Estudios de Literatura de Mendoza*. Mendoza, UNCuyo, FFyL, CELIM, 1994, Nº 2, pp. 79-99.

⁶ Véase Graciela Maturo. “*La cabra de plata*, recuperación de la tradición mendocina”. En: diario *Los Andes*. Mendoza, 15 de abril de 1979.

cosas se revisten de valor simbólico y adquiere sentido el título”⁷. Precisamente, estos dos últimos accesos a la obra nos interesan de modo específico, pues en ellos puede rastrearse una sólida reflexión sobre la génesis e identidad de la zona de Huanacache en relación con la totalidad de la región cuyana.

La cabra de plata: análisis de las categorías fundantes de lo regional

El factor geográfico

Draghi Lucero en *La cabra de plata*, reconoce el valor inapreciable de la geografía como elemento sustentador del ser regional. El paisaje externo se transforma en espacio vital, en verdadero *habitat* del hombre de la zona. Hombre y espacio superan el aislamiento para interrelacionarse en dinámica armonía; de esta unidad surge el respeto profundo hacia una tierra que acoge y provee como una madre.

El espacio elegido como escenario de la novela son las lagunas de Huanacache, zona extendida al noreste de la provincia de Mendoza que comprende además el sureste de San Juan y noroeste de San Luis. Huanacache significa “lugar de la sal”, elemento, este último, imprescindible para la supervivencia del hombre. Para Draghi, “Huanacache es el centro de la pasión cuyana y está geográficamente en el centro de San Juan, San Luis y Mendoza”⁸. Corazón geográfico de Cuyo, las lagunas son además una importante cantera de tradiciones, olvidadas ya en los centros urbanos y en las zonas donde fue mayor la influencia de la inmigración europea.

En el universo novelesco, Huanacache se construye a partir de

⁷ Marta Castellino. *Op. cit.*, p. 87.

⁸ Citado por León Benarós. *Op. cit.*, p. 15.

la oposición entre el desolado presente y un pasado idílico, especie de “edad dorada”, cuando “desiguales hondonadas fueron rebasadas por los regalos del Ande, por mediación de los ríos San Juan y Mendoza y, en tiempos sin memoria, también por el Tunuyán” (p. 7). Esta geografía, generosa en agua, permitió la existencia de un importante grupo poblacional con características peculiares cuyo nostálgico recuerdo evoca Draghi: “¡Laguneros! El agua remansada les ofrecía la pesca en sus originales balsas de totora y de junquillo. En las vegas orilleras criaban vacas, caballos, mulas, asnos, ovejas, cabras y otros animales ayudadores del hombre. Grandes sembradíos de maíz y trigo orlaban las tierras humedecidas” (p.9). Hoy solo quedan remotos vestigios de esta época. La canalización de los ríos nutricios para su mejor aprovechamiento en los oasis fue secando progresivamente las lagunas y la extensa vegetación de algarrobos que cubría la zona fue arrasada por la tala indiscriminada: “El viejo paraíso indio y mestizo fue reduciéndose a impresionante secadal, que bate y quema un sol implacable por haberle abatido el hacha sus defensas arbóreas. El arrastrado viento Zonda aventa el humus que dio vida a los sembradíos de antaño. Traslada médanos cual Simoun africano” (p. 10).

El primer acercamiento en la novela a la geografía del lugar ofrece una inédita visión a partir de la mirada ingenua del hombre ciudadano:

“Pendía la hoz de la menguante sobre el perfil azulino del Ande. El paredón montañoso le concretaba los cuatro imperativos cardinales. Posó gustoso mirar en las montañas y las encontró desconocidas. ¡Claro! Hoy las veía desde otro enfoque, pero, ¡cómo las hallaba de hermosas, lejanas y atrayentes! Curioseó los alrededores y distinguió médanos, los extendidos arenales con vegetación xerófila: adorno precario de la estepa llanista. A lo lejos divisó algo así como bosques de árboles coposos” (p. 23).

Esta visión se enriquece y hace sustantivamente más densa cuando la descripción toma como eje la perspectiva baquiana de los lugareños: “Al son palabrero de don Manuel, veía asomar el profesor en esos arenales aquietados mil asomos ignorados de la Vida bullente. De haber andado solo, se hubiera creído en un mundo muerto” (p. 29).

Esta geografía, como ya adelantáramos, es un espacio habitado en estrecha unidad ecológica con el hombre. El individuo halla su sustento en lo que le provee el medio, obteniendo de él lo imprescindible para vivir. Esta interrelación dinámica se observa en la detallada descripción de la flora lugareña. En el minucioso relevamiento de especies vegetales (chañar, algarrobo, retortuño, zampa, fiques, lámaro), se destaca continuamente el valor que éstos tienen tanto para el hombre, como para los animales: “Estos montecitos que ve por allí es el retortuño. Lo comen las cabras y es muy solicitado por abejas y abejorros. Da una flor amarilla y enrosca sus semillas. De sus raíces, al hervirlas, se consigue un hermoso color para teñir lanas” (p.26).

La dimensión regional de esta zona está fundada no en lo político sino en una realidad pretérita previa a la división en provincias. Esto se observa en un risueño pasaje en el que un lugareño se burla de la eficacia de los límites provinciales:

- “- Sepa -discutió el profesor- que yo soy oficial de policía.
- ¿De qué provincia? - inquirió don Panta, avisado litigante.
- ¡De Mendoza!
- Aquí, en la orilla izquierda del río, tamoh en San Juan ¡y no corre la cosa! - aclaró el viejo riojano” (p. 60).

A pesar de esta pertenencia a jurisdicciones diversas, todos en la zona se sienten “laguneros”.

Más adelante, en el transcurso de la novela, al ir gustando el

profesor de los secretos huanacachinos, el paisaje se hará más vívido e intenso. Aflorarán las crueles realidades del lugar, como la tala indiscriminada del algarrobo, una de las causas de la desertización de la región, y la profunda conciencia de la relación del hombre con su entorno, que alcanzará honda dimensión simbólica en la figura del “árbol familiar”.

Un hito importante en la captación del espacio geográfico regional es la experiencia del desierto que vive el protagonista. Dispuesto a conocer de modo más directo los secadales que lo rodean, el profesor se interna un día en los “campos inmensos, sin brújula, ni reloj, ni radiorreceptora” (p. 197). Su desconocimiento de la región y su escasa habilidad baquiana, le hacen perder el rumbo. En este recorrido -que también adquirirá dimensión simbólica-, el vasto desierto se extiende poco a poco ante los ojos del lector: “Escasísima vegetación salpicaba los llanos de la travesía sedienta. Uno que otro desmayado verdor consolaba la agonía de la tierra castigada” (p. 199).

Una poderosa e insaciable sed por conocer la zona, llevará al profesor a internarse en los medanales sin tomar ningún tipo de recaudo: “Déle y déle marchar sin parar, ganoso de acreditarse distancias *para calmar una sed del alma*”¹⁰ (p. 201). Más adelante, al perder definitivamente el rumbo, además de su cabalgadura, la sed, esta vez física, será acuciante pero también aparecerá una angustiosa sed por caminar sin descanso, desandando camino para llegar a algún pago conocido: “Camina y camina el profesor, sin hacer caso de burlas, sudores y cansancios y ya castigado por la sed de la travesía. Camina y camina el profesor... [...] Sí, sí: caminar y caminar sin descanso, sin darse una tregua” (p. 206).

⁹ Marta Castellino observa “una rica gama de significados simbólicos, ya consagrados por la tradición y en estrecha relación con el mito” en esta presencia del “árbol familiar” en la novela. Para un detallado estudio de este simbolismo, remitimos a su trabajo ya citado: “Los símbolos...”

¹⁰ El resaltado es nuestro.

Desierto, travesía, sed, realidades más que palabras que definen, para Draghi Lucero, la esencia profunda de la cuyanidad:

“Cada vez que en mis andanzas por campos de tradición me he enfrentado al contenido integral de la pasión criollista, ha acudido, cabal y fidelísima, la palabra “sed”. Esta revelación tiene un profundo sentido protohistórico. Cuyum, significa en el materno idioma patrio: tierra arenosa, o en otras palabras más representativas: tierra sedienta”¹¹.

Esta sed es asimismo pasión, pasión infinita y primigenia que define nuestro ser cuyano en la totalidad de nuestro sentir, pensar y hacer: “Pero el suplicio de la sed no cesa. Es sed de garganta y labios resquebrajados por el secadal salitroso. Es como la sed de una comarca insatisfecha”¹².

Este particular espacio del desierto, donde los cuyanos encuentran las raíces de su ser en el mundo, se irá definiendo también en tanto oposición a la ciudad, cimentando el motivo de la alabanza de aldea y menosprecio de la corte de larga tradición en las letras universales. La dicotomía ciudad-campo se torna por momentos irreductible, pues a todo lo que proviene de la civilización se le otorga una carga negativa y destructora de la idílica vida campesina¹³. Además, esa oposición adquiere un carácter simbólico-mítico en tanto

¹¹ Juan Draghi Lucero. “Medida pasional del criollismo cuyano”. En: *Cancionero popular cuyano*. Recogido y anotado por Juan Draghi Lucero. Mendoza, Best, 1938. T. I, p. CXVII.

¹² *Ibid.*, p. CXX.

¹³ Observamos en este punto una cierta debilidad de la novela dado que si bien el discurso “consciente” del profesor es nefasto para la ciudad, muchas soluciones a planteos de la acción novelesca surgen, precisamente, del espacio civilizado. Esto se observa, con particular claridad, al finalizar la novela cuando el profesor encuentra en Buenos Aires la panacea a sus problemas en forma de píldoras hormonales.

el espacio desolado se propone como un retorno al origen, al momento primero en que todo comenzó a ser, para, desde allí, remontar el espacio-tiempo enriquecido con la contemplación de la verdadera y propia identidad. En esta oposición la ciudad aparece vacía y empobrecida frente a la inmensa riqueza del desierto primordial.

El factor económico

En *La cabra de plata*, el factor económico aparece estrechamente unido al geográfico ya que en la relación de reciprocidad que se establece entre el hombre y su medio, el individuo funda en este último las bases económicas que lo sustentan.

La novela reivindica el valor de una economía de subsistencia que aprovecha las escasas posibilidades que le ofrece la zona. La base de la vida radica en la actividad ganadero-pastoril, especialmente en la cría de cabras y, en menor medida, de burros.

La cabra, título simbólico de la novela, se yergue en emblema de la región dadas las posibilidades que ofrece su cría:

“La cabra es la verdadera vaca del pobre, señor. Es tan curtida que vive, como el burro, de los verdores más miserables y negados. Le basta un poco de agua salobre y las basuritas del campo más amargo. La cabra, señor, es la verdadera bendición del Cielo. ¡Hasta su guano es maravilloso por dar vida a los plantíos y huertos desmejorados!. Su leche, su carne y su cuero son los tesoros de estos secadales salitrosos” (p.27).

Si bien Draghi Lucero se esfuerza por destacar las posibilidades de autoabastecimiento, lo cierto es que en la novela se plantea tangencialmente una relación económica con zonas aledañas, en especial con los poblados urbanos y ciudades. Las cabras pueden ser vendidas como menú navideño redituando con ello buenos pesitos e incluso los burros son solicitados para fabricar embutidos. Por

otra parte, el profesor trae productos de la ciudad que son necesarios para la vida cotidiana.

El factor político

La incidencia del factor político en la zona de Huanacache no está tratado en profundidad, pero aún así es posible rastrear ciertos elementos que resultan interesantes.

Existe una clara conciencia de marginalidad con respecto a las metas y objetivos propuestos por los distintos gobiernos de turno. En general, la política es un elemento que pertenece a la ciudad y, por lo tanto, su valoración se tiñe de un color negativo. Por otra parte, los hombres de leyes están presentados en sus rasgos más censurables y, muchas veces, aparecen como culpables de una serie de trastornos que aquejan a la región: “El patrón de ellos los hacheros era un abogado que, adueñado por honorarios de esos campos, los explotaba al máximo, talando cuanto algarrobo, chañar, alpataco y otros árboles indígenas diera leña, postes o carbón” (p. 141).

La vida cotidiana de los laguneros se organiza en torno a leyes consuetudinarias conocidas y respetadas por todos, por lo cual la legislación civil aparece como innecesaria. Claro ejemplo es el funeral de Manuel, un puestero de la zona, episodio donde contrasta el afán del profesor por conseguir las autorizaciones municipales correspondientes para el entierro con la tranquilidad de los nativos que saben que lo único importante es “enterrarlo cristianamente” (pp. 95-97).

La novela revela que la marginación política de Huanacache tiene antecedentes históricos. Durante varios siglos fue una zona donde se refugiaron aquellos que no estaban de acuerdo con las leyes de los poderosos de turno. Tal el caso del abuelo de uno de los personajes, don Santos Peletay, quien “fue un godo de campanillas. Por desavenencias con sus pares del Cabildo de Mendoza, se apartó para siempre a las Lagunas de Huanacache y aquí formó hogar con la cacica Peletay...” (p. 260). De entre los hombres de la zona

salieron importantes jefes de montoneras como el mítico José Santos Huallama famoso caudillo, representante del campesinado llanista cuyano que acompañó a Felipe Varela en las luchas contra varios gobiernos del norte y las fuerzas nacionales¹⁴. Bandidos - más asociados a la figura de Robin Hood que a criminales- han sido agigantados por la imaginación lugareña que ve en ellos las posibilidades de lograr situaciones más justas y más humanas.

Draghi Lucero propone respetar las leyes de los rústicos paisanos de Huanacache que resultan justas al estar sustentadas en una especie de derecho natural. Quizás, la oculta propuesta sea tener en cuenta estos elementos en una legislación hecha a la medida de los hombres sencillos y no para acrecentar los intereses individualistas de los que ejercen indiscriminadamente el poder.

Factor étnico-social

En *La cabra de plata*, Draghi Lucero ahonda en las características étnicas de algunos personajes representativos a fin de ir conformando una tipología humana que se presenta como modelo moral para la República toda.

En líneas generales el narrador no se detiene tanto en la caracterización física de los tipos huanacachinos como en el ahondamiento de ciertos aspectos psicológicos y morales que le permiten ir definiendo los peculiares rasgos de los habitantes de la zona. La breve descripción de un personaje como “nativo de pómulos salientes” (p.15) permite dar a conocer uno de los rasgos propios del mestizaje de los laguneros. Más adelante, al hablar del joven cabrero Juancho, presenta el retrato físico más completo de uno de los habitantes de Huanacache:

¹⁴ Véase Juan Draghi Lucero. *La cabra...*, p. 9.

“De edad indefinible tendría de diez y ocho a veintiséis años; rasgos mestizos. Hirsuta y desparramada cabellera, barba muy rala, pómulos salientes y color moreno tirando a morocho. Ojos almendrados y mirada incierta, lejana, como sedienta de ensoñaciones. Pobrecamente vestido, mostraba las carnes por las roturas de los pantalones. Malamente cubierto con un sacón descuajeringado. De sus alpargatas, sólo quedaban los restos que dejaban salir los dedos de los pies” (p. 150).

Muy interesante resulta la caracterización psicológica de dos personajes: Don Santos Peletay y la Baltasara, individuos de caracteres opuestos y complementarios. En ellos podríamos observar los rasgos que distinguen al padre íbero y a la madre indígena, protagonistas del primer contacto en nuestro suelo: él recio, dominador y poseedor de la “ciencia” frente a ella sumisa y fiel pero conocedora de una sabiduría ancestral¹⁵.

En el personaje de Baltasara resalta como virtud propia y definidora del personaje una actitud constante de servicio y sumisión, especialmente hacia aquellos considerados como superiores: “Reparó el profesor que la Baltasara era dual en su trato cotidiano: sumisa y sufrida ante el amo, pero exigente y tirana con su protegido. ¿Qué era eso? ¿Servilidad indígena?” (p.151). Por otra parte, esta constante sumisión es el primer rasgo actitudinal que llama la atención del personaje al tomar contacto con los habitantes de Huana-cache: “Observó que no le hacían compañía en la mesa; curioso para afuera y vio que la gente comía al reparo de la ramada, al lado del fuego. No lo acompañaban por respeto y sumisión. -Esta gente, se dijo, está hecha a la servidumbre: se sienten inferiores. Me sitúan en lugar prominente” (pp. 21-22).

¹⁵ Este planteo de dos personajes complementarios coincide en líneas generales con el pensamiento sobre el mestizaje desarrollado por Bernardo Canal Feijóo. Véase Bernardo Canal Feijóo. *Op. cit.*, pp. 53-60.

El primer encuentro del profesor con Baltasara va a estar teñido de un fundamental rechazo: “El profesor miró con prevención a esa mujer de aspecto paupérrimo, huidizo y servil. Formóse pésima impresión de ella” (p. 82). ¿Rechazo, acaso, hacia el costado más oscuro y soterrado del mestizaje? Podríamos ver en Baltasara una representación del costado femenino de raigambre indígena que actuó en el primer mestizaje. Ascendencia racial a menudo reprimida que ha tratado de ser desdibujada, con mayor o menor eficacia, a lo largo de la historia¹⁶. Sin embargo, con el correr de las páginas, este rechazo se transformará en acogida cordial, especialmente cuando el protagonista descubra en Baltasara valores fundamentales como su fidelidad inalterable: “Así quedó esa mujer a su lado, toda dulzura y servicial. Blanda y silenciosa, parecía hecha para la servilidad. Fue para el profesor una real ayuda y compañía. Él ‘sentía’ la presencia llenadora de una mujer en su caserón solitario, y más porque de ella trascendía en su poquedad, una conllevante actitud familiar” (p.117).

Es Baltasara, además, la depositaria no sólo de una serie de tradiciones relacionadas con la historia lugareña, sino de un saber ancestral mucho más antiguo e intuitivo que se encarna en ella de especial manera. Es esta mujer la encargada de revelar al profesor la esencia sagrada del Árbol Familiar:

“- Señor - se explayó la mestiza con humilde firmeza, asentada en intocable certitud -, ése es el Árbol Familiar de este antiguo caserón. Usted , ¿no puede qui-

¹⁶ “¿Vendría a ocurrir que el mestizo sigue callando o secundarizando el compromiso de la co-raíz americana? En lo cual estaría obrando una oscura fidelidad al costado uterino, vale decir, indio de su filiación... Por circunstancias históricas que nadie ignora, lo indio le viene al mestizo americano por vía materna. [...] No sé si podrá asumir jamás otra forma que la uterina, la cual no puede menos que representársele al hombre, como pasiva. En el mestizo, ¿lo indio sería una pasividad omnimoda más o menos resignada; más o menos acechante, la memoria vegetativa de la madre?”. Bernardo Canal Feijóo. *Op. cit.*, p. 56.

tarle la vida! [...] El Árbol Familiar es la compañía que da Dios a los que nos destinamos a vivir en la inmensidad de los campos soterrados. Él nos acompaña y vela por nosotros en la cerrada oscuridad de la noche y en los resplandores más cegantes del día. En él asientan las miradas buscadoras de Dios cuando nos rastrea sobre el haz de la Tierra, por ser tal árbol, entre todos los verdes, el de más allegamiento al cristiano [...]” (p. 175 y ss.).

También, junto a Baltasara el profesor alcanza a distinguir, una noche, la sombra oscura de la divinidad telúrica, la Pachamama: “El mirón ubicó los bultos inmóviles de Juancho y de la Baltasara, de espaldas, ¡y un tercer gran bulto con formas de mujer! Vio lo que temía ver. ¡Ella! La mujerona, resaltando en su grandeza y atributos femeninos. Aguijonazos extraterrenos lo zarandeaban. De pronto vio que, sabedora Pachamama, volvía para que él viera su faz indígena, pesada, totémica sobrenadando en suave resplandor” (p. 183). Es la humilde servidora la que, esquiva, dejará entrever una explicación a tan misteriosa aparición: “Peregrinera del haz de la Tierra, en lo mucho de su andar, baja de la alta sierra a los tendidos llanos con las semillas de la Vida. Las cabritas están en parición [...]” (p. 187).

Junto a Baltasara, y en dinámico juego de oposiciones, se perfila la figura de Don Santos Peletay. Hombre recio, dominador, que logra sobresalir por la rectitud de su carácter, por la coherencia de su obrar. Si Baltasara es la madre indígena, Peletay es, sin duda, el padre íbero.

Dentro de la novela, Santos Peletay es uno de los pocos personajes que se presentan a sí mismos. En su discurso puede observarse la avasallante personalidad del hombre:

“Vecino soy de estas tierras dende el día que me parió mi santa madre. Aquí nací, aquí me crié y aquí echo raíces y de naidés soy vasallo. Tengo por nombre

y apelativo el de don Santos Peletay, y si cargo el título de 'don' es en herencia de mi bisabuelo que lo compró con doblones de buena ley. Yo soy 'don', no como esos que se adornan con el 'don' sin saber lo que es, lo que ha sido y menos lo que carga su resonancia" (p.63).

Tal conciencia del propio abolengo, de la dignidad de un título como el de don, la certificación de que "de naidés soy vasallo", contrastan con la servilidad y el apocamiento de los habitantes de la zona, representados en la figura de Baltasara.

El primer acercamiento del profesor a su vecino, nos lo muestra como "un hombre largo y seco, con rústico cayado en la diestra". La impresión será de estar "delante de Don Quijote, aunque una larga y escasa barba colgante de chivato lo aindiaba al pastor" (p.62). La identificación del pastor con Don Quijote, sus rasgos sobresalientes de dominio y firmeza y una serie de detalles que comentaremos a continuación, permiten ver en Peletay el costado hispánico del mestizaje¹⁷. Solo algunos rasgos aislados, su barba, algún arma, menciones de detalles dejan entrever la raíz mestiza que se unió a lo hispánico.

Peletay encarna la mayoría de los valores positivos que Draghi Lucero observa en lo criollo. Es poseedor de una ciencia empírica que le permite curar al profesor de sus dolencias, además de conector de la farmacopea vegetal de la zona. Su concepto de la salud se halla muy unido a un estilo de vida acorde con la naturaleza: "[...] el que de la tierra sale ¡a la tierra vuelve! ¡Y con tierra se curará! Y esto se lo digo en la misma oreja, ¡tan afirmado en las razones de quien cree en las llagas de Cristo! Las fuerzas de la tierra le darán vida a su cuerpo apestado" (p.110). Asimismo Peletay es

¹⁷ "En la mejor hipótesis, la actitud del conquistador ante el conquistado tiene un perfil paterno-tutelar; pero de padre-amo, de padre-señor, con derecho de vida y muerte a menudo..." *Ibid.*, p. 54.

el verdadero “cristiano viejo” que se aleja prudente de ciertas prácticas supersticiosas de la zona. Por ejemplo, no participa del tradicional y pagano “Bordo Negro” que se realiza de modo paralelo a las fiestas en honor a la Virgen del Rosario, Peletay afirma: “Yo y los míos nos arrimamos solamente a ver la procesión de la Virgen. Yo soy cristiano de los de antigua hechura, de cuando los obispos peregrinaban en sandalias” (p.191). El cabrero es además el prototipo del patriarca, cabeza de su familia, es atento y caballeresco con su esposa y ejerce una severa autoridad con sus hijos. Una imagen muy plástica del caminar del pastor con su familia, subraya esta idea de patriarca inmemorial: “De pronto distinguí que se acercaba el viejo Peletay [...] Pero no venía solo, no. Salía de una hondonada y con el paso seguro del hoplita, avanzaba a la cabeza de su familia [...] Avanzaba el viejo como real cabeza de familia, al frente de la armada fila. Sí, ahí venía el mestizo cabrero encabezando a los suyos [...]” (p. 138).

Así como Baltasara es la depositaria de la ancestral tradición indígena, Peletay va a tener atesorados en su memoria los resabios del más glorioso pasado hispánico. Invitado por su vecino, el profesor asiste a una fiesta dada por el pastor, allí grande será su sorpresa al escuchar de labios del cabrero antiguos romances españoles como el de la Cava y el rey Don Rodrigo, el de Gerineldo y el del Conde Olinos (pp. 255-260).

Si bien tanto Baltasara como Peletay son mestizos y se comenta al pasar que poseen vestigios de las etnias indígenas, ambos encarnan los dos polos del mestizaje: lo ibero en Peletay, lo indígena en Baltasara. Se extraña en la novela, la presencia de un personaje que represente la síntesis cabal de ambos elementos¹⁸. Sin embargo,

¹⁸ En este sentido nos resultan iluminadoras las palabras de Canal Feijóo: “Concibo la mesticidad como una *síntesis* de sentido genético, tal como se produce en el campo biológico, Es un resultado tercero algo más que transaccional entre dos polos; una resultante viva, dinámica, por sí misma generadora. Esto es lo que yo no alcanzo a descubrir en el orden de la expresión cultural americana”. *Ibid.*, p. 53.

lo mestizo en tanto síntesis lo veremos en algunos elementos y utensilios, dotados de fuerte carácter simbólico, como, por ejemplo, la lanza que carga Peletay descrita como “[...] arma mestiza, no el arco indio ni la espada castellana. El fruto del connubio hispanoprecolombino se afirmaba en el arma de transición: la lanza de dura madera” (pp. 138-139).

Uno de los dos polos, el mestizo con predominio hispano que encarna Peletay, se ha de erigir como ejemplo del ser nacional, como el arquetipo modelo de lo argentino.

En un viaje a Buenos Aires, el profesor, llevado por su pasión de conocimiento que se ha exacerbado en su continuo contacto con las raíces telúricas, decide tomar contacto con diversos personajes propios de la gran ciudad. Uno de ellos, el Economista, disertará largo y tendido sobre las penas y alegrías de la patria. En medio de este discurso, el profesor aprovechará para presentar a “un arquetipo de ciudadano argentino con los que se salvaría el país” (p. 284). Este no es otro que Peletay, presentado como “abeja laboriosa”, “productor, no consumidor”, “tradicionalista en sus ideas y ocupaciones”, “legalista bíblico”, creyente “en Dios, pobre y justiciero”, en suma el prototipo de un hombre sencillo, pero trabajador, alejado del consumismo que propone la civilización; modelo en el que el autor encuentra la posible salvación para el pueblo argentino.

En las reflexiones que Buenos Aires despierta en el profesor, podemos rastrear algunos interesantes conceptos que ayudan a perfilar mejor la propuesta de Juan Draghi Lucero en torno a la identidad del ser nacional. En general, existe una fuerte defensa del ser provinciano puesto que “los provincianos, con ser más apagados, reflejan más fielmente el ser nacional” (p. 290); son “estos esforzados nativos [...] los verdaderos conquistadores del desierto, los que dignifican las soledades inhóspitas con la noble presencia humana [...]” (p. 292). Hay un alegato explícito de una Argentina rústica “porque rústica era su inmensidad geográfica”; en definitiva, una visión del país en la que se tiene en cuenta toda la riqueza y variedad de su extensión y no solo la estrechez de sus grandes y poderosas ciudades, la mayoría de ellas contaminadas cada vez más por la cultura extranjera.

Factor cultural

Junto con el étnico, el cultural es otro de los factores esenciales sobre los que descansa la esencia mestiza de la cuyanidad. La descripción de usos y costumbres lugareños de honda raigambre tradicional es constante en la novela y constituye uno de los aspectos que le otorga su mayor riqueza e interés.

La cabra de plata es, en buena medida, un amplio catálogo de las más atractivas prácticas lugareñas que remiten a estadios primitivos de la humanidad. En ellas radica parte de la profunda relación de estos hombres con un pasado que pervive en el presente y que les otorga la fortaleza de una raíz conocida y respetada. Ante los ojos sorprendidos del lector desfilar comidas y bebidas tradicionales como menudos de chivo, costillar de cabras, tortilla al rescoldo, patay, añapa, arrope, mazamorra, espesado, pororó, entre otras; y también los aparejos y utensilios necesarios para la vida cotidiana: la destiladera de agua, la piedra de majar, la callana para tostar el cereal, el mortero de algarrobo. Tampoco son olvidados los juegos, como la pallana o las narias -especie de “remedos de episodios de las interminables guerras contra los moros” (p. 83).

La medicina también se basa en la tradición. Aquí, la salud se sustenta en los elementos naturales de la zona como los emplastos de tortas de patay, cataplasmas de barro, las infusiones de diversas hierbas lugareñas, como la yerba del platero, la pildorilla.

Mención especial merece el estudio de los aspectos lingüísticos regionales cuya importancia es digna de un análisis pormenorizado que excede los límites de este trabajo. Si bien existe interés por reflejar las características más notorias de la sabrosa habla local, especialmente en boca de los personajes lugareños, es mayor el esmero de Draghi Lucero por rescatar los numerosos arcaísmos que reflejan la influencia de la herencia hispánica. Rasgos hispánicos son también detectables en otras manifestaciones folklóricas como la música y los bailes. Con respecto a la tonada, especie musical de raigambre cuyana, el narrador nos dice: “La pasión criolla de raíz hispánica, volcábase en las melodías mágicas del conllevamiento al

amor. Auras del enternecimiento, de la pasión amorosa entre ponchos y cuchillos” (p. 78). Mayor aún es la esencia íbera que el profesor encuentra en los bailes tradicionales como la cueca, hábilmente danzada por Peletay:

“De las figuras del bailarín estudiado creía entresacar restos visigóticos y árabes, y aún gitanos. En su elástica movilidad había asomos de coreografía no mestiza ni criolla, no. En Peletay fluían resabios aristocráticos que recordaban a los castillos con trovadores y caballeros del encumbrado amor” (p. 249).

El profesor no encuentra vocablos indígenas en los cantares de la zona, su tesis es que “la Iglesia celó costumbres y lenguajes castellanos, por una parte, y por otra el exotismo de las lenguas indígenas, mapuche, huarpe, etc., hacían imposible tal supervivencia en los cantares tradicionales. La música guitarrera y una tradición innegable hacían que el octosílabo español perdurara [...] Lo puramente indígena quedó sobreviviendo en la toponomástica” (p. 312).

Junto a la manifiesta herencia cultural hispánica, el costado indígena del mestizaje, soterrado y ancestral como ya hemos visto, pervivirá oscuramente en ciertas supersticiones. El autor presta especial atención a este fenómeno que aparece como sincretismo religioso entre el catolicismo de impronta medieval de los conquistadores y cultos antiquísimos precolombinos como el de la Pachamama que aún continúa vigente en algunas manifestaciones culturales como la cestería. La voz del profesor guiará a lo largo de la novela las reflexiones en torno de este singular fenómeno. Desde la primera visita a la Capilla del Rosario, el protagonista reconoce la íntima relación de opuestos entre cristianismo y paganismo:

“La Capilla, avanzada de San Pedro, con las tres cruces que levantaban en alto la gloria fachendosa del Vaticano en las deshoras de la noche indiana, lo llamaban a enconado diálogo: por una parte el Dios Sol, Pa-

trono de Precolombia y por la otra a la Roma de Pedro que negó a Cristo. Y un viento palabrero azotaba la Capilla con látigos infieles y razonamientos justicieros y el profesor, exacerbado y siempre en actitud juzgadora, sentía en sus adentros los arañazos de apasionante controversia” (p. 39).

Costumbres concretas patentizan este sincretismo como, por ejemplo, el extendido culto a la Difunta Correa, especie de santa popular -¿pervivencia de la Pachamama?- que cuenta con la sincera devoción de numerosos personajes en cuyos labios aparecen palabras como éstas: “Tenemos que ir a pagar la manda que le hice a la Difunta Correa. ¡Cien velas le llevaré y mis chapecas cortadas por haber escuchado mis ruegos! ¡Bendita sea la Difunta Correa!” (p. 75).

Otra manifestación patente del sincretismo religioso se observa en torno a las fiestas de la Virgen del Rosario. Junto a la celebración religiosa que incluye misas y novenarios, durante las noches, los fieles se imbuyen de un espíritu pagano manifestado en el Bordo Negro: “Dos noches antes de la festividad religiosa, se haría el Bordo Negro con fogatas donde se doraban asados. [...] Con el pretexto de la festividad de la Virgen del Rosario, caían hombres y mujeres que, si bien acudían a misa de día, de noche se entregaban a todas las licencias” (p. 188).

Conclusiones

Este primer acercamiento¹⁹ a la novela *La cabra de plata*, de Juan Draghi Lucero, teniendo como guía para el análisis las catego-

¹⁹ La novela ha revelado una profundidad suficiente como para ahondar aspectos que, dada la índole de nuestro estudio, han sido advertidos de modo tangencial o bien soslayados. Por otra parte, sería interesante confrontar el esquema de análisis seguido en este estudio con otras obras de Draghi Lucero a fin de perfilar mejor y de modo más abarcador su concepto de región.

rías propuestas por Armando R. Bazán para el estudio del hecho regional, ha sido fructífero en tanto nos ha permitido rastrear una serie de factores que apuntan a descubrir, desde la novela, un concepto que define, por lo menos parcialmente, a la región cuyana.

a) En lo geográfico, una parte de la esencia de la región se sustenta en torno al desierto huanacachino, espacio propiamente regional en tanto abarca parte de las provincias de Mendoza, San Juan y San Luis y cuya existencia es previa a la constitución jurídica de estas tres provincias. A esta zona habrá de sumarse la subregión del Ande, para obtener así una visión geográficamente más completa de Cuyo.

Esta geografía aparece en estrecha relación con el hombre: por una parte es el *habitat* que permite su subsistencia y, por otra, el desierto es marco existencial del cuyano, hombre que -según Draghi- está guiado por una insatisfecha sed pasional.

b) El factor económico de la región se presenta estrechamente unido a lo geográfico, en tanto Draghi Lucero plantea una economía de subsistencia, basada en la actividad agrícola pastoril que permite la rigurosa geografía del desierto. La actividad fundamental de la economía de esta región - en una visión reduccionista - sería la cría de cabras, ocupación que en la realidad es el único medio de subsistencia de numerosas familias que viven en zonas aisladas.

c) El factor político aparece como conflictivo, pues lo que caracteriza a la zona es su marginalidad política de honda raíz histórica. La novela plantea la defensa de un derecho consuetudinario que permite la convivencia pacífica de los habitantes del lugar.

d) En lo étnico-social, Cuyo se caracteriza por una población mestiza de ibero e indígena. En la novela se destaca la figura del padre español, identificado en la persona del pastor Santos Peletay, quien incluso es propuesto, en razón de sus virtudes, como modelo del ser nacional. El elemento indígena también está presente, aunque algo más velado, y corresponde a un costado materno-uterino representado por la servidora Baltasara.

e) Desde el espectro de lo cultural también se observa la presencia de elementos iberos e indígenas. Draghi Lucero rescata ad-

mirado la fuerte impronta cultural dejada por la colonización hispánica en la música, los juegos, la poesía y el lenguaje. Sin embargo, observa también que el elemento indígena sobrevive oscuramente en ciertos aspectos religiosos que se manifiestan como pervivencias de antiguos cultos preincaicos como el de la Pachamama.

En síntesis, la novela propone una identidad del ser cuyano fundada en la tradición más ancestral, en el momento mismo en que se produce el primer contacto entre el indígena y el español. Ambos elementos, en tensión constante, van dando forma a diversas manifestaciones, especialmente religiosas y culturales que otorgan un profundo sentido de unidad a la región.

Este ser raigal de lo cuyano aparece en la actualidad marginado de los centros urbanos, mucho más atentos a las promesas civilizadoras foráneas. Por ello, el protagonista de la novela debe alejarse del ámbito ciudadano para encontrar en las zonas más aisladas los restos puros de la tradición que ha ennoblecido a Cuyo.

En el plano simbólico, la novela se identifica con el mito del viaje, en tanto retorno a los orígenes, como el modo más apropiado de construir el ser a partir de la contemplación de su estado primigenio. Visión, en suma, de lo que somos en su más honda raíz histórica y mítica para desde allí empezar a construir una identidad regional que no desdeñe el pasado y que pueda abrirse fecunda al porvenir.

RESUMEN:

Este trabajo intenta ser un aporte a la reflexión en torno al concepto de región tomando como punto de partida el análisis de la novela La cabra de plata, del autor mendocino Juan Draghi Lucero. Hemos circunscripto el marco teórico a los estudios de Armando Raúl Bazán sobre las categorías de análisis de la historia regional que tienen en cuenta la incidencia de los factores geográfico, étnico-social, cultural, económico y político. Si bien el método ha sido propuesto para abordar hechos históricos, en la novela se observan numerosos elementos que pertenecen a dichas categorías y que, imbricados, dan a conocer las características propias del mundo que gira en torno a las lagunas de Huanacache en el noreste mendocino. Este acceso al mundo novelesco permite iluminar diversos aspectos que contribuyen a perfilar una teoría de la región implícita en el discurso narrativo.